

—No ha sido feliz la conversación nuestra publicada el domingo. A nadie le ha gustado. Los lectores más indulgentes me han dicho que no se entiende bien. Tendremos, pues, que enmendar la página en la primera oportunidad que se nos presente. Lo que sí desearía yo borrar inmediatamente es la actitud con que aparezco hablando de los presidentes de Costa Rica. Ese tono me es impropio. Entre todos los presidentes de que tengo conocimiento personal, de Guardia a Cortés, no hay un malvado. No confundamos los errores o las flaquezas con las picardías. El yerro más trascendental que se haya cometido en Costa Rica—el de la clausura de nuestra Universidad—lo cometió un grupo de ciudadanos excelsos. En el Gobierno no se puede ser enteramente recto y justo. Quien está convencido de esta verdad, procura naturalmente limitarse en sus funciones, gobernando con firmeza, pero lo menos posible, es decir, librándose del gran enemigo, el socialismo, hecho de una parte de bello ideal y noventa y nueve de petulancia.

Tampoco me hace gracia que se ponga en mi boca una palabra que casi nunca pronuncio: la palabra «democracia». La libertad y la justicia no son efecto necesario ni condición necesaria del gobierno del mayor número.

Talvez el error estuvo en haber hecho, a la ligera, un análisis histórico de la actuación de nuestros presidentes, de Guardia a los que nos